

**desde la
literatura •**

Elena Garro (1916-1998)

Lucía Melgar

A unas semanas de que se cumpliera el octavo aniversario de su fallecimiento, Elena Garro reapareció en los titulares de los periódicos mexicanos como personaje de una novela policiaca. No de *Y Matarazo no llamó...*, una de sus mejores creaciones, sino de una "novela" escrita a varias manos por periodistas, reporteros y consejeros del IFAI (Instituto Federal de Acceso a la Información), la institución encargada de promover y garantizar la transparencia de los manejos del gobierno gracias a la vigilancia ciudadana.

Garro "espía", dictaminaron los consejeros, Garro "espía del gobierno", ¡¡de la siniestra Dirección Federal de Seguridad, entre 1962 y 1970!! Afirmaciones, según la prensa, basadas en documentos resguardados en el Archivo general de la Nación y que serían pronto dados a conocer en versión pública (con mínima censura). En ese momento (julio y agosto 2006) todavía nadie, más que los consejeros y archivistas encargados del caso, había visto estos documentos. Ahora, cuando ya es posible consultar la versión pública, puede saberse que Garro fue espía, de 1963 a 1968, pero *no* fue espía. Pudo ser informante indirecta pero no fue informante oficial. No hay, como se insinuó, reportes escritos por ella. Sólo existen dos reportes de un informante que refiere declaraciones de Garro, uno del 25 de agosto de 1968 y otro del 25 de octubre del mismo año.

Según el informante, Garro sí mencionó a algunos escritores y editores como "agentes soviéticos" (Max Aub) o como personajes cercanos al movimiento estudiantil. Lo más grave, a mi entender, es la referencia a la información que habría dado Garro para ayudar a ubicar a Heberto Castillo, entonces buscado por el gobierno.

La ignorancia evidente en las pifias del informante (como referirse a Arnaldo Orfila como Porfila Reyna) indica que su reporte se basa en "oídas", lo que sugiere que Garro "informó" en alguna conversación pero no que dio un reporte formal y, desde luego, que no escribió ninguna "denuncia" ni "declaración" formal o judicial.

Lo que corroboran estos documentos es que Garro estuvo involucrada en actividades a favor de los campesinos de Morelos y de Madrazo, y que su deslinde de los intelectuales de izquierda y del movimiento estudiantil en agosto de 1968 no se limitó al artículo “El complot de los cobardes” (revista *América*, 1968), ni a sus declaraciones del 5 de octubre. Garro en efecto habló —irresponsablemente, dado el contexto de guerra fría y represión— acerca de personajes del mundo cultural y de sus posibles vínculos con el movimiento estudiantil. Si lo hizo a sabiendas o sin saber que su interlocutor era informante de la DFS, queda todavía en la indefinición.

Lo que no deja de llamar la atención en este escándalo público, sobre todo vista la desproporción entre los dichos de la prensa y los documentos ahora públicos, es la facilidad con que se ha denostado una vez más a Elena Garro. Quienes leyeron la prensa mexicana en julio y agosto han de haberse quedado con una imagen parcial y patética de ella: “ex esposa de Octavio Paz” y “espía”. Quienes siguieron la noticia en septiembre, leyeron: “Confirmado: Garro era espía”, pero no “Nos equivocamos: Garro no espía” ni “Disculpen: Garro algo informó pero no fue informante”. Pobre —e indignante— “homenaje” a quien ha de ser recordada sobre todo como una gran escritora, una de las más extraordinarias creadoras en lengua española.

Narradora, dramaturga, ensayista, memorialista, periodista, Garro fue también bailarina y coreógrafa, guionista, efímera y muy joven actriz y poeta secreta. Escribió páginas deslumbrantes por su intensidad poética, la belleza de su lenguaje, su inteligencia y sensibilidad. *Los recuerdos del porvenir*, su primera y gran novela, y *La semana de colores / La culpa es de los tlaxcaltecas*, genial colección de cuentos, son dos obras maestras que bastarían para consagrarla. A estas se añaden, sin embargo, magníficas obras de teatro, como *Felipe Angeles*, *Los perros*, *El rastro*, y unas *Memorias de España 1937* que prueban su originalidad y, también, su heterodoxia.

La heterodoxia fue desde su juventud una de las características destacadas y contradictorias de Garro. En los años treinta salía a la calle en pantalones y provocaba gran escándalo. En los años cuarenta aceptó hacerse pasar por una menor delincuente para hacer un reportaje sobre el método “correcional” aplicado entonces. A fines de los cincuenta, se separó de Octavio Paz, su marido desde 1937, acción por demás escandalosa en el México de entonces y que, desde luego, provocó dimes y diretes en el medio cultural.

Este ex-centricismo, por así decirlo, no se limitaba a su conducta exterior. Garro no sólo contrariaba a un medio todavía provinciano y hasta

mojigato; era contradictoria en sus ideas y, hasta cierto punto, en su manera de ser: opuesta a la explotación y a la injusticia del sistema autoritario mexicano de los sesenta, no avalaba por entero la democracia, admiraba en cambio a reyes y reinas y, todavía al final de su vida, afirmaba que la monarquía era un régimen mejor porque los soberanos tenían responsabilidad (¿solidaria?) con sus súbditos. Su admiración por John Kennedy podría atribuirse más a su simpatía personal, su belleza y su “buen” origen que a sus cualidades democráticas. Al mismo tiempo que se definía como anticomunista, Garro apreciaba a sus amigos comunistas y, en 1968, escribía en el semanario *¿Por qué?*, donde se publicaron algunas de las primeras entrevistas a guerrilleros centroamericanos y mexicanos y se alababa la revolución cubana. El catolicismo, muy profundo y también muy tradicional, de Garro la separaba tanto de comunistas como de intelectuales de izquierda y juaristas mexicanos. Le gustaban los ritos, prefería las misas en latín y creía en los milagros. Devota de San Miguel, afirmaba que en momentos difíciles de su vida, este la había protegido. A la vez, no era beata ni mojigata. Su relación amorosa con Bioy Casares, su romance con Archibaldo Burns (aunque ella negara que fuera tal), sus juegos de seducción con amigos y conocidos, la alejan ciertamente de la imagen tradicional de la mujer o de escritoras más “sensatas” como Rosario Castellanos.

Quizá una de las contradicciones más claras en su vida y en su obra fue su deslinde del feminismo. Garro afirmaba todavía en los años noventa que no era feminista ni consideraba su obra como tal. Su vida en gran medida corresponde a la de una mujer de vanguardia, incomprendida muchas veces por su medio social, a la vez admirada, temida y maltratada.

Su obra ha sido valorada, sobre todo desde los artículos pioneros de Gabriela Mora, por sus representaciones críticas de la condición de la mujer, mestiza o indígena, casada o soltera, que incluyen escenificaciones impactantes de la violencia sexual y del asesinato de género (en *Los perros* y *El rastro*). Si bien también hay en su obra contradicciones que limitan las alternativas que ofrece a sus mujeres protagonistas y, en sus últimas novelas publicadas, tiende a cargar las tintas de la victimización femenina, Garro fue más allá y más a fondo que sus contemporáneas y que muchas de las escritoras actuales. En este sentido, cabe recordar, por ejemplo, su cuento “Las cabezas bien pensantes” donde la narradora argumenta que estas (los intelectuales, quienes dictan las normas sociales) han transformado la tinta, “ese líquido inventado para dibujar mariposas”, en tinta funcional, y han destruido los mitos y la imaginación porque ésta amenaza el orden

establecido donde, para tener derechos (humanos), “hay que ser [cuando menos] Hombre” y “ser Hombre es algo así como ser Diputado”, y donde, contra el cuento de las cigüeñas, “hay que salvar al pene”. Sin ser de sus mejores cuentos, esta crítica del machismo es sin duda una de las más mordaces de su obra.

¿Por qué si a Garro sobre todo hay que leerla y releerla, por la brillantez de su lenguaje y por la complejidad de su mirada, he mencionado aquí las nuevas y exageradas acusaciones contra ella, en el año en que se cumplirán noventa años de su nacimiento? Porque, más allá del escándalo circunstancial, Elena Garro vuelve a aparecer como un ser “atacable”. Venga o no al caso, se ha hablado de su “locura”, de su “lengua viperina”, de su “maldad”, se le ha acusado incluso de “traición” y, luego, como de paso, se recuerda que también escribió. Lejos de unirme a las filas, que también existen, de quienes pretenden casi santificarla o presentarla como “víctima” del mundo, me llama la atención que en un medio donde abundan las contradicciones de los intelectuales frente al poder y donde las mujeres han enfrentado tantas dificultades para decir su propia voz, Garro parezca merecer tan poca consideración. Más de una vez, ante fotografías que la mostraban en una situación lamentable, rodeada de gatos, me he preguntado si el mismo periodista se atrevería a presentar así a algún connotado escritor. Lo dudo.

Garro se equivocó en 1968, ahora puede decirse que “informó” (pero no que fue “informante” oficial), quizá pueda decirse que fue “víctima de sí misma” (Poniatowska), pero eso no nos exime de la mínima responsabilidad intelectual de situarla en su contexto y de valorar (como se ha hecho con muchos escritores) su obra más allá de sus veleidades políticas, sin que aquella “justifique” estas. Para quienes nos interesamos en la política, en el género y en la literatura, la figura y la obra de Garro ofrecen todavía muchas preguntas —y algunas respuestas ●